

"CATORCE CUENTOS CHILENOS"

Duramente aleccionados por la experiencia de un concurso literario, pensamos y dijimos que el género del cuento nacional había entrado en decadencia, que Gana y Baldomero Lillo, Maluenda, Santiván y Latorre no tenían herederos de su talla entre las nuevas generaciones.

Esta idea no les gustó a algunos autores de cuentos, probablemente concursantes. Cada cual cree que sus obras merecen el premio. Uno de ellos nos ha enviado, con palabras alusivas, el tomito de los "Catorce Cuentos Chilenos" seleccionados por Luis Enrique Délano y que editó la Biblioteca Zig-Zag.

Ha querido, sin duda, convencernos del error. Y nos ha pasado lo contrario: ahora creemos con mayor firmeza que los cuentistas chilenos contemporáneos son inferiores a los de hace diez o veinte años.

El señor Délano ha elegido siete autores de más de cuarenta años y siete menores de esa edad, como para compararlos...

Entre los primeros, hay dos que, por falta de salud u otras causas, han dejado escasa obra y no dieron toda su medida: **Baldomero Lillo** y **Federico Gana**, ambos muertos; un ausente, expatriado, **Augusto d'Halmar**; dos que desde hace tiempo nada producen y ya se consideran desertores: **Fernando Santiván** y **Rafael Maluenda**; otro que sólo de tarde en tarde publica un libro: **Januario Espinoza** y sólo uno que sigue infatigablemente en la misma brecha: **Mariano Latorre**.

Entre los segundos, hay que contar a **González Vera**, **Alberto Romero**, **Salvador Reyes**, **Marta Brunet**, **Tomás Lago**, **Luis Durand** y **Luis Enrique Délano**, todos ellos interesantes con su personalidad bien definida, a veces muy valiosa; pero que, en calidad de cuentistas, a nuestro juicio, no pueden ocupar el mismo rango de los anteriores.

Les falta consistencia, seguridad, sencillez. Son a veces más imaginativos y refinados para escribir, pero se siente en ellos un esfuerzo, cierta violencia del argumento y aun de la frase que no se percibían en los otros. Los de la primera generación nos parecen más humanos, más en el corazón de las personas y las cosas: véanse los argumentos de "La señora", de Gana, ese caso de nobleza natural tan naturalmente contado, de "El chiflón del diablo", por Baldomero Lillo, y "¡Era tan lindo!", por Santiván, cuentos tendenciosos, intencionados y no sin ciertos desentonos y algunas desviaciones impuestas por la tesis, pero vibrantes, vigorosos, rotundos; véanse el admirable "Perseguido", de Maluenda, esa pintura tan franca y tan viril, como un cuadro a pleno sol, y también la sabrosa "Desconocida", de Latorre, un poco larga, pero muy chilena y toda envuelta en detalles de color local. Estos hombres no han buscado y rebuscado sus asuntos. Los de D'Halmar y Januario Espinoza hasta pecarían de triviales. Tampoco se detienen mucho en filigranas de estilo. Tienen algo que contar y lo cuentan.

¿Podría decirse lo mismo de los otros?

González Vera nos da un delicioso profesor a la antigua y unos pobres discípulos de todos los tiempos, que gimen; pero el interés, más que en el caso humano, está en la ironía subyacente que el autor desliza, en cierta impalpable sutileza, de superficie cándida. Y es una sola línea, una rayita delgada, graciosa. Alberto Romero se enreda en una especie de estudio de carácter o de falta de carácter muy pesado, retorcido, que nunca lo hace a uno sentar pie en terreno sólido. "La soledad", de Salvador Reyes, encanta por la prosa ágil, inteligente, llena de transparencia y de movimiento; desgraciadamente sus dos personajes no viven y el conflicto resulta, por falta de penetración psicológica, entre vulgar y forzado. El cuento de Marta Brunet "Dos hombres junto a un muro", admirablemente escrito, en negro y blanco, preciso, cortante, con más cualidades de pintura que de relato no convence, porque exagera la infelicidad del asesino y la nobleza del carcelero. Aquellos no parecen seres reales. El recopilador dice que la obra de Tomás Lago, presentado aquí con su "Puerto de escala" "se hace también un poco obscura, como la de Proust o Cocteau". Hay, sin duda, en Lago influencias modernistas de Francia y se notan mucho los esfuerzos por oscurecer la idea, el deseo de conseguir ciertos efectos mediante la repetición, la vaguedad voluntaria, etc.; pero Proust no era obscuro, sino confuso, complicado, y Cocteau es la claridad misma, aunque usa giros y formas sorprendentes. Finalmente, quedan dos muy diversos entre sí: Durand y Délano. El señor Durand no participa de la tendencia ligeramente preciosista que se observa en Lago, por ejemplo. Al contrario, sus cuentos campesinos reproduce tal como suena el habla popular; pero ¿no hay exceso de crueldad en esa historia de su "Callucita"? Pasa la medida. No cuesta sacar efectos con esos recursos implacables. A ningún aficionado a los perros le aconsejariamos leerlo. En cambio, el cuento de Luis Enrique Délano puede leerse sin ningún peligro. Es una mujer fatal, una mujer de prostíbulo. Todos los hombres la abandonan; ella lo sabe, lo dice y parece que se conforma. El lector también.

Como se ve por esta ligera comparación entre los valores de ayer y los de ahora, la ventaja se inclina hacia los primeros en virtud de dos razones principales: la mayor humanidad de los unos, en cuanto al fondo, su conocimiento superior del espíritu humano, su calor vital; en cuanto a la forma, la mayor sencillez, la naturalidad, la seguridad y cierta franqueza sin rodeos, propias de quienes antes que artistas quieren ser narradores.

Esto se explicaría, hasta donde admiten explicaciones estas cosas, porque llegaron antes, hallaron el campo inculto y espigaron sin competidores. Los que vinieron después han tenido que buscar y rebuscar, y refinar el ojo y aguzar la mano.